

833
H.

PA 2276

.47

E 58

ES PROPIEDAD



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA BASEDA a cargo de Domingo Clarasó, Villarreal, 17.

Litografía La Editorial Artística Española.



UNA ENTRETENIDA

LIBRO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

I Año. 1625 MONTECERREJO, MEXICO

Lo que cuesta un ramillete de cien sueldos.

¿Por qué Gontrán amaba locamente á Lucía? Preguntádselo á Chamfort. ¿Cómo se conocieron? Lo ignoro. Ni ellos mismos lo sabían. Una mañana, al despertar, sintiéronse sorprendidos viéndose juntos.

La madre y la hermana del joven habían tratado en vano de verter una gota de agua bendita en su corazón, un verdadero infierno; Gontrán no juraba más que por Lucía, se presentaba con ella en todas partes, no sólo en los proscenios de los teatrillos, sino también en el Bosque, en americana, en faetón ó en *dog-car*, á menos que se le antojase llevarla en su *cupé*. No temía que le vieran su madre ó su hermana; sin embargo, aun tenía el pudor de no llegar al Bosque sino algo tarde, á la hora de los

enamorados, cuando las calesas de los burgueses vuelven hacia los Campos Elíseos.

Nadie veía con gran inquietud que arrojase el dinero por el balcón. Su padre, que poseía una verdadera fortuna, en haciendas como en papel, podía perder un millón sin disgustarse. Pero hay que advertir que no sabía nada de los desórdenes de su hijo. Estaba enterado de que tenía ciertas amistades, mas no se figuraba que pudiese llegar á la locura. Había echado de ver que vivía en aquella ociosidad parisiense que destruye la bondad de los jóvenes; pero juzgaba que siempre quedaría algo de aquélla para la edad de la razón.

Aunque lorenés de origen, el señor Staller era parisiense por su modo de vestir, por sus costumbres, por sus ideas. Le hubiera desolado ver pasar á su hijo codeándose con la juventud sin adorarla; pero condenaba enérgicamente á aquellos muchachos pródigos que hacen una orgía de sus veinte años, que manchan su alma y alteran su virilidad. No quería que el hombre fuese muerto por el joven; pero estaba muy lejos de sospechar que su esposa y su hija llorasen ya ante el espectáculo de los desórdenes de su hijo.

Una noche que la señorita Lucía había cantado algo peor que de costumbre, arrastró á Gontrán á una fiesta que daba una de sus amigas, la Rosemond, apodada Roca Tarpeya. La ilustre comedianta había sido obsequiada con un ramillete que alguien habíala arrojado al escenario; era menester que mostrase aquel ramillete á todo el mundo. Además, ¡es tan fastidioso irse á dormir cuando otros se divierten! Esperaba encontrar allí muchos amigos de uno y otro sexos.

Se bailaba en un salón, se jugaba en otro; la señorita Lucía no se juzgó bastante escotada para bailar; se

sentó descuidadamente ante una mesa de juego, diciendo:

—¡Va mi ramillete!

Habíase jugado un bacará. Pero, á fin de complacer á la Taciturna, que no sabía contar más que hasta nueve, se echaba una partida de sacanete. Había quinientos francos sobre el tapete.

—¡Mis flores contra los quinientos francos!—añadió Lucía.

El conde de Aspremont, un amigo de Gontrán y antiguo amigo de Lucía, tenía la mano.

Miró dos veces á su ex amiga.

—Cedió la mano,—dijo con impertinencia

Juzgaba que la mujer —me equívoco, el ramillete— no valía quinientos francos.

—Y yo,—dijo el vizconde de Harken,—tomo la mano y el ramillete.

Al decir estas palabras, tomó con una mano la de Lucía y con la otra las cartas.

Gontrán tuvo un acceso de celos; pero estaba demasiado bien educado para no sonreír como los demás.

—Bien vale ese ramillete quinientos francos,—dijo Harken, mirando á la actriz.

Púsosele delante, y junto á él un billete de quinientos francos.

Volvió siete ú ocho cartas.

—¡Sacanete!—dijo.—Caballeros, hay mil francos.

—¿Cómo se entiende eso?—dijo un jugador serio.

—Es muy sencillo: quinientos de este billete de banco y otros tantos de este ramillete. Este ramillete no es un billete de banco, pero es un billete á presentación. ¿No es verdad, Lucía, que pagarás á presentación?

—Sí,—dijo Lucía, no queriendo desairar á Harken; —pagaré á presentación.

Y, ruborizándose como una virgen,
—Pero de sobra sé quién me llevará ese ramillete,
—añadió.

—¿Quién será ese hombre feliz?

—Gontrán.

Harken cedió el puesto.

—Esto se calienta demasiado,—dijo.

Eugenio Marx, un banquero que acababa de obtener un préstamo de Estado, fué quien tomó la mano.

—¡Juego los mil francos!—exclamó Gontrán.

—El ramillete le costará á usted caro,—dijo Eugenio Marx.

Ganó el banquero.

Transcurrió, á partir de aquí, uno de aquellos momentos extraordinarios en que llega á creerse que las cartas están embrujadas.

—¡Juego los dos mil francos!—dijo Gontrán, mitad risueño, mitad furioso.

La señorita Lucía le animó con la mirada; porque él estaba enfrente de ella.

El banquero volvió dos ases.

—¡Cuatro mil francos!—dijo, alzando los ojos hacia Gontrán.

—¡Juego!—exclamó el enamorado.

El banquero volvió dos sotas.

—Las cartas están hechizadas,—dijo la comedianta.

—Sí,—asintió su vecina;—he cortado yo.

Y aquella joven pidió á Eugenio Marx que le permitiera llevar parte en su juego.

—Sí,—dijole él con desdén;—te cedo cinco francos.

El banquero se vió esta vez obligado á volver ocho ó diez cartas; pero ganó también.

—¿Quién juega los diez y seis mil francos?—dijo con aire indiferente.

—Yo,—replicó fríamente Gontrán.

Cuatro cartas después había treinta y dos mil francos.

—Continúe usted,—dijo Gontrán.

El banquero volvió una carta.

—¡Ah! ¡Diablo!—murmuró gravemente.—Esta me hará traición.

Pero la cuarta carta vuelta fué otra igual á aquélla.

—¡Sesenta y tres mil quinientos francos y un ramillete!—pregonó Eugenio Marx, para probar que no estaba conmovido.

—¡Vaya por el ramillete y los sesenta y tres mil quinientos francos!—dijo Gontrán.

—No corras de ese modo tras de tu dinero,—gritó una jugadora.

—No corre tras de su dinero, sino en pos de mi ramillete,—dijo modestamente la señorita Lucía.

Un violento combate se produjo en el cerebro de Gontrán: si continuaba perdiendo, ¿quién le prestaría, dentro de las veinticuatro horas, los ciento veinte mil francos perdidos? Su madre le había ya dado todos sus ahorros; su hermana, bajo pretexto de que tenía cuadros que comprar, habíale abierto ya su bolsa de muchacha. No hay amigos, especialmente entre jugadores, que presten ciento veinte mil francos.

La música no paraba; pero nadie bailaba ya: todo el mundo había acudido á presenciar aquel duelo á *ramillete*.

Gontrán parecía tranquilo, sonriendo y balanceándose con gracia para ocultar su emoción.

El golpe se hizo esperar, pero el banquero siguió ganando.

Depositó las cartas sobre la mesa, como hombre que se da por satisfecho.

—Supongo,—dijo Gontrán,—que no querrá usted dar á entender que el juego ha acabado.

Eugenio Marx miróle fijamente.

—Supongo que no querrá usted dar á entender que el juego ha de durar hasta la madrugada.

—Pues bien, deme usted el ramillete,—dijo el enamorado.

—¡Oh! ¡De ningún modo!—replicó el banquero con aire caballeresco, para ocultar la alegría que le procuraba su ganancia.

Todo el mundo miraba sin hablar.

—Pues bien,—dijo Gontrán,—¡juego! Todavía le quedan á usted siete ú ocho cartas; acabémoslas.

—Con mucho gusto,—dijo el banquero.

Tornó á coger las cartas y volvió una sota.

—Esta nunca me hizo traición,—dijo.

Y, alzando la cabeza hacia Gontrán,

—¿Quiere usted que lo dejemos? Tengo la seguridad de que volveré una sota.

—Bueno, vuélvala usted,—dijo el enamorado con indiferencia.

Salió un rey.

—Los reyes aparecen como las reinas,—dijo Gontrán, queriendo hacer un chiste político.

El banquero volvió todas las cartas sin hallar rey ni sota. Puso la última sobre la mesa y esperó. Los espectadores contenían el resuello, mirándose unos á otros.

—¡Apuesto por el rey!

—¡Apuesto por la sota!

Todos sentían que era una figura. Veinte mil francos de apuestas cubrieron la mesa.

Gontrán sufría horriblemente. El severo rostro de su padre pasaba por delante de sus ojos; no se atrevía

á mirar á Lucía, porque ella era quien le procuraba aquellas ansiedades.

—Gontrán es un buen jugador,—dijo á su vecino la comediante.—Mírele usted, no ha pestañeado.

—Es que si no sale un rey,—respondió el vecino,—siempre tendrá una dama para consolarse.

Mientras tanto, se había cortado. El banquero volvió á tomar las cartas y mostró una.

—¡Sota!—se oyó exclamar por todas partes.

Y se añadió:

—¡Doscientos cincuenta y seis mil francos!

Eugenio Marx cogió el ramillete y lo tendió á Gontrán.

—Caballero,—le dijo,—aquí tiene usted el ramillete.

—Caballero,—replicó Gontrán con cierto desdén, pero tomando el ramillete,—se lo pagaré á usted.

—¡Vamos, vamos!—dijo la dueña de la casa.—Esos juegos me dan miedo. Tallemos un «humilde bacará» con moderación, y no turbemos los sinsabores de ese «caballero solo».

Gontrán se había acercado al banquero.

—Señor mío, ¿dónde vive usted?

Eugenio Marx le dió su tarjeta.

—Antes de las doce de la mañana iré á llevarle los doscientos cincuenta y seis mil francos.

Las mujeres estaban maravilladas.

—¡Qué modo de correr ese Gontrán!

Se felicitó á Lucía, pero más aún al que había ganado.

—¡Di!—le gritó la que interesara cinco francos en su juego.—¿Te acuerdas de que es mía la mitad?

—¡Oye!—díjole otra.—Ya sabes que yo te he dado la suerte. Mira, si no, este amuleto.

Y le mostraba una manita de coral.

—¡Oye!—exclamó la cuarta.—Es menester que me agradezcas que no tomara yo la mano.

En una palabra, si Eugenio Marx hubiese escuchado á aquellas señoritas, se habría despojado hasta de su dinero.

Gontrán se acercó á Lucía.

—¿Vienes?

—¿Ya?

—Son las cuatro.

—Quiero bailar.

Estas palabras fueron una puñalada para el joven.

—¿Que quieres bailar!

Le ofreció su ramillete.

—¡Ah! ¡Gracias!

Y la comedianta miró la parte baja de éste, cual si esperase encontrar un billete de Banco; pero el puño seguía cubierto con su papel primitivo.

—¿Quieres bailar conmigo, Gontrán?

—No, ya sabes que no bailo; además, he perdido, y tengo que ir á casa.

—Bueno. ¡Adiós!

Gontrán se llevó la mano al corazón.

—¡Adiós!—suspiró.

Lucía tomó por caballero al primer hombre que se le acercó y se puso á bailar con la mayor calma.

Gontrán no podía salir de aquel salón. Miraba con rabia á Lucía.

Ésta sintió algún remordimiento y volvió hacia él, sin cuidarse de su bailador.

—Mi pequeño Gontrán, á ver cómo pone usted buena cara á su gata blanca. Has sido muy amable haciendo valer mi ramillete; pero mejor hubieras obrado dándome el dinero que has perdido.

Gontrán, apenas tranquilizado, se indignó y rechazó á Lucía.

—¡Vamos, vamos!—añadió ésta con ojos acariciadores.—He dicho una necedad. Ya sabes que te amo. ¡Qué hermoso es lo que has hecho!

—Pues bien, vente.

—No, puesto que has de ir á tu casa. Mañana te esperaré.

—Mañana es hoy.

—Ve al mediodía.

La señorita Lucía aspiró el aroma del ramillete haciendo una pirueta.

Gontrán se encaminó hacia la salida.

—Después de todo,—dijo, viendo que volvía al salón de baile,—¿por qué no ha de divertirse?

Amábala con rabia y con dulzura.

En el dintel de la puerta, el conde de Aspremont tendió la mano á Gontrán.

—Cuidado,—le dijo;—esa mujer es un abismo color de rosa, pero es un abismo.

II

Retrato de Lucía

En un extremo del saloncito, una entretenida contaba á un repórter la historia de Lucía.

—Has de saber, querido, que no siempre encontró amantes capaces de jugarse una fortuna por un ramillete. «Debutó» con los primeros que se le acercaron. No ha amado más que una vez, pero ésta con pasión.